

Al año siguiente, las vacaciones otra vez reúnen a los futuros enamorados: «Así hubo de parecerse como si esta vez pudiéramos separarnos contentos a pesar del creciente y a menudo excesivo mal humor del pobre Hans, que parecía sentirse siempre atormentado y con ello me había arrancado a veces suspiros de impotencia. En cambio, en Cósima parecía haberse perdido, en el sentido más simpático, el temor advertido por mí hacía un año (...) Un día que yo había cantado a mis amigos la «despedida de Wotan» a mi manera, advertí en el semblante de Cósima la misma expresión que, para mi asombro, me había mostrado en aquella despedida en Zurich: sólo que esta vez lo extático de la misma estaba trascendido en una serena transfiguración. Aquí todo era silencio y misterio, sólo que se apoderó de mí la fe en su pertenencia a mí con tal seguridad, que con ello, en mi excéntrica excitación, me dejé arrastrar incluso a las más traviesas y desbordantes alegrías. Cuando en Francfort acompañaba ahora a Cósima al hotel pasando por una plaza pública, se me ocurrió invitarla a sentarse en una carretilla vacía que había allí, para que pudiera llevarla así al hotel: se mostró dispuesta a ello al instante, mientras que yo, de asombro ante el caso, perdí el valor para la ejecución de mi loco propósito. Viniendo detrás de nosotros, Bülow había presenciado el suceso; Cósima le explicó muy natural lo que éste hubiera significado, y por desgracia no pude suponer que el humor de Hans estuviera a la altura del nuestro, pues se manifestó a su mujer con reparos sobre el particular» (p. 624).

En 1863, de viaje hasta Petersburgo, Richard Wagner hace etapa en Berlín: «Contenta por volver a verme, Cósima, que esperaba un parto para muy pronto, no se dejó detener por nada para conducirme por de pronto a la Escuela de Música, adonde fuimos en busca de Hans (...) Fue acordada nuestra comida juntos, y sólo con Cósima dispuse un paseo muy agradable en un bello coche del Hotel de Russie, de cuyo acolchamiento en raso gris nos alegramos continuamente.» (p. 640). A su vuelta de Rusia, Wagner vuelve a pasar por Berlín, preocupado por estar sin noticias de Cósima, y se presenta en su casa: «Movido por el mayor temor, me anuncié a la puerta, que no me fue franqueada por la criada: «La señora no está bien» —«¿Está de veras enferma?», pregunté; como a esto recibí una sonriente respuesta elusiva, para alegría mía comprendí el estado de las cosas y corrí alegre

a saludar a Cósima, la cual, parida ya hacía tiempo de su hija Blandine, estaba ahora en plena convalecencia (...) la excelente salud y el risueño estado de ánimo de Cósima no me dejaron espacio por ahora para preocupación alguna: volvimos a pasear del más travieso humor en un coche magnífico por los paseos del Tiergarten, comimos en el Hotel de Russie a nuestras anchas y supusimos que los tiempos malos habían pasado.» (p. 647).

Meses más tarde, el 28 de noviembre de 1863, Richard Wagner otra vez se encuentra con los Bülow: «Volví a recorrer los paseos una vez más solo con Cósima en un bello coche. Esta vez el silencio hizo callar las bromas: nos miramos, mudos, a los ojos, y un vehemente anhelo de confesarnos la verdad nos venció hasta el reconocimiento, sin necesidad de palabras, de la infinita desdicha que nos abrumaba. Entre lágrimas y sollozos sellamos la confesión de pertenecernos únicamente el uno al otro. Nos sentimos aliviados. Un profundo sosiego nos dio la serenidad para asistir sin angustia al concierto» (p. 656). Luego, «reemprendí mi viaje, en cuya despedida recordé aquella primera separación prodigiosamente conmovedora de Cósima, en Zurich, de una manera que hizo que los años intermedios desaparecieran como un yermo sueño entre dos días de suprema resolución vital» (p. 656).

De ahí en adelante, el día 28 de noviembre será celebrado por Richard y Cósima como su aniversario. He citado con extensión el texto de Wagner porque me pareció que nadie podía contar con tanta delicadeza los episodios de este enamoramiento mutuo, al mismo tiempo que nos sirvió para apreciar el estilo literario del compositor. El relato de *Mi vida* se interrumpe en mayo de 1864, cuando Wagner encuentra al rey Luis II de Baviera que será su protector hasta su muerte (1883). Pero los apuntes de Richard nos permiten reconstruir la continuación del idilio. Sabemos que el 29 de julio de 1864, la valiente Cósima se instala, aunque todavía casada con Hans, en casa de Richard Wagner en Suiza. Allí concebirá a Isolda, primera hija de Wagner nacida el 10 de abril de 1865. A pesar de tener que separarse varias veces y de reunirse otras tantas, Richard y Cósima tuvieron otros dos hijos, Eva (1867-1942) y Siegfried (nacido en 1869), antes que Cósima pudiese divorciarse de Hans von Bülow y casarse con Wagner (en 1870), habiendo quedado viudo éste en enero de 1866.

En los *Anales*, apuntes muy telegráficos y a menudo incomprensibles que Wagner tomaba para luego poder sacar de ellos sus Memorias, y que aparecen como complemento al volumen *Mi vida*, se puede comprobar cuán difíciles fueron para Richard y Cósima sus ilícitas relaciones. El primer marido de Cósima era muy amigo de Wagner y estaban en contacto profesional, puesto que Hans dirigía las óperas de Wagner en Munich: estrenó *Tristán* el 10 de julio de 1865 y el 17 de julio del mismo año Richard empezó a dictar *Mi vida* a Cósima. Pero las relaciones con Hans no podían sino degradarse hasta la ruptura. En los *Anales*, Wagner apunta: «1867 (...) 5 de marzo —El rey: «No rompa usted con Bülow» (p. 673). Más adelante, a mediados del año 1868, leemos el apunte siguiente: «Profunda hostilidad y alejamiento de Hans (...) profunda desdicha con Hans» (p. 676). Además del sufrimiento de Hans von Bülow, Richard y Cósima deben soportar los chismorreos diversos que sobre su relación se llegan a hacer hasta delante del rey de Baviera. Por estos apuntes, comprendemos los sufrimientos de los tres, y sobre todo los de un Wagner que, siempre tan púdico, deja escapar de su corazón y su pluma el apunte: «Gran yermo de los sentimientos: siempre nuevas dificultades. Indescriptibles penas de amor. Estoy inclinado a la huida y a desaparecer (...) siempre rápido cambio: sublimes aplacamientos. Salvación necesaria» (p. 676).

Una vez casados en 1870, Richard y Cósima se retiraron a vivir en Lucerna. El 22 de mayo de 1872, se colocó la primera piedra del teatro de Bayreuth, donde por fin Wagner pudo ver puesta en práctica su ya antigua teoría de la reforma del teatro alemán. «Hasta en América se fundaron asociaciones wagnerianas. En este clima de éxito y comprensión, disfrutó de Palermo y Venecia ...» (F. Sopena). Los últimos años del compositor fueron felices, rodeado de su esposa y sus hijos, componiendo su más sublime obra, *Parzival* (1877-1882), ópera completamente esotérica y por ende muy difícil de comprender, pero que sintetiza toda la filosofía íntima del autor, su mística tan peculiar, sus concepciones éticas y estéticas más quintaesenciadas.

Para conocer mejor este período final de la existencia de Wagner nos debemos remitir a los *Diarios* de Cósima, que se publicaron sólo en 1976 y en Alemania. El traductor Ángel F. Mayo Antoñanzas advierte que: «Con-

tinúan faltando en castellano los *Diarios* de Cósima Wagner, cuya traducción sería en verdad complicada y costosa» (p. 701). Señalaré aquí los méritos del traductor de *Mi vida*, que supo respetar tanto la diversidad estilística de Wagner como la difícil sintaxis del idioma alemán, idioma que Wagner tuvo el acertadísimo talento de convertir en un lenguaje de alta potencia poética y musical, hazaña completamente heroica, puesto que antes de Wagner sólo el italiano era respetado como lengua cantada o cantable, y pese a que los antiwagnerianos sigan opinando siempre igual después de una quincena de óperas que van demostrando lo contrario.

Muchas veces se ha acusado a Wagner de haber deformado la verdad para dar de sí mismo en *Mi vida* una imagen pensada para la posteridad. No se sabe muy bien sobre qué criterios se basan tales acusaciones que podrían llegar hasta la calumnia. Tales polémicas pertenecen al «mito-Wagner», que no es aquí lo que interesa. Lo importante es que *Mi vida* de Richard Wagner es un libro fielmente traducido de un original, enteramente reproducido (esta edición completa se debe a Martin Gregor Dellin) y cuya lectura resulta tan agradable como la de la mejor novela. Las numerosas notas completan provechosamente este libro que relata la historia del destino de un héroe trágico del siglo XIX. De ninguna manera resulta indiferente, a la hora de disfrutar de alguna ópera de Wagner, saber que el autor de esta obra de arte era un hombre a menudo enfermo, que estuvo a punto de morir varias veces en la más horrorosa miseria (en 1839, Riga; en 1860, París), que sin embargo gustaba del alpinismo y de los viajes, que gozaba de mucha vitalidad y al mismo tiempo padecía mucho abatimiento así como se lo imponía su signo del zodiaco, que durante los largos y desdichados años de su primer matrimonio a falta de hijos distribuía su cariño a perros y papagayos, y que finalmente tuvo la inmensa dicha de ver recompensadas todas sus tribulaciones por el amor de una mujer que lo hizo enloquecer como le hubiera pasado a cualquier otro romántico o a cualquier otro hombre auténtico, pues ¿quién podría resistir al encanto de una joven llamada Cósima?

Verónica Almáida Mons

Diego Jesús Jiménez: la experiencia poética como razón de vida

La publicación, en el presente año, de las poesías completas de Diego Jesús Jiménez¹ ha coincidido con la aparición de su nuevo libro, *Bajorrelieve*². Cerca de tres lustros median entre la publicación de *Fiesta en la oscuridad*³ y la concesión del Premio Juan Ramón Jiménez a *Bajorrelieve*. Catorce años de silencio público que han sido para Diego Jesús Jiménez de desasosegadora y exigente dedicación íntima a la poesía. Si lo primero ha contribuido a que su nombre quedara relativamente oculto entre la hojarasca de viejos y nuevos poetas que han venido publicando en este tiempo, lo segundo ha tenido como consecuencia, como fruto, la salida a la luz de uno de los libros de mayor calado que ha dado nuestra poesía en las últimas décadas.

El poeta y sus fuentes

T. S. Eliot, en *Función de la poesía y función de la crítica*, afirmaba lo siguiente: «De tiempo en tiempo es

deseable la aparición de un crítico que emprenda una revisión de la literatura del pasado y establezca un nuevo orden de poetas y poemas». Considerando bastante ajustadas sus palabras a las necesidades de la poesía española del presente, creo que va siendo hora de aportar rigor a la historia poética de nuestro país en el último medio siglo y de, al menos, relativizar algunas «verdades» que se han hecho lugar común casi incuestionable y que no se corresponden con lo ocurrido en la realidad. La esencial, a mi juicio, es aquella que ha venido adjudicando a los novísimos el protagonismo de la ruptura con la poesía social entendida convencionalmente, o con la poesía de posguerra entendida en términos más genéricos. En algún trabajo me he referido a este asunto⁴ y sobre él sólo reseño lo que me parece más determinantes: el comienzo de la ruptura lo protagonizan los propios poetas del 50. La obra de Claudio Rodríguez de un lado, de Francisco Brines o de Carlos Barral de otro, junto a los textos teóricos de Gil de Biedma, Valente, o el propio Barral —y no cito a todos— son tan incuestionables en ese sentido que sería ocioso extenderse. Paradigmática es, en relación con ello, la actitud de los antaño revolucionarios de la estética novísima —comenzando por Gimferrer—, que han puesto patas arriba sus veleidades iniciales imprimiendo, en los últimos diez años, un giro a su obra que va del acercamiento a la llamada poesía de la experiencia, pasando por la retórica del silencio o la impulsión metafísica, acercándose, con ello, a los poetas con los que pretendían romper de modo tan aparentemente radical como artificioso. Partiendo de esa premisa, el grupo poético de los 60 juega un papel decisivo en el ahondamiento —un ahondamiento de largo alcance, la prueba de ello es que su obra fluye sin «arrepentimientos» a lo largo de los últimos quince años— de la ruptura que iniciaran los del 50. Se trata de un grupo diverso en el que destaca, ante todo, el cuidado riguroso de la expresión, sin quebrar la preocupación existencial, humana, que late en la obra de sus predece-

¹ Poesía. Diego Jesús Jiménez. Anthropos. Barcelona, 1990

² Bajorrelieve. Diego Jesús Jiménez. Diputación Provincial de Huelva. Huelva, 1990.

³ Fiesta en la oscuridad. Diego Jesús Jiménez. Colección DAGUR. Zamora, 1976.

⁴ Poetas del 60: un eslabón incuestionable. Manuel Rico. El Independiente. Libros. 10 de mayo de 1990.